

CARMEN GALINDO

RETRATOS HABLADOS DE NUESTROS AÑOS FELICES

Julio Estrada

Acostados en el piso de la cajuela de una camioneta Datsun, nos íbamos a Bellas Artes. Nacho y Carlos cantaban en inglés "Abadaba, honeymoon". Yo no les entendía ni palabra pero sonreía igual. Gustavo también (¿o tampoco?). Hugo nos llevaba a oír conciertos y nos invitaba a todos, menos a Carlos que prefería —no sé por qué— conseguir un boleto de cortesía y buscarnos adentro. Hugo y Julio sabían mucho de música, tenían una orquesta de cámara con la que interpretaban a Vivaldi. A Carlos y Nacho sólo les gustaba la música popular. Pero lo mismo íbamos todos a Bellas Artes uniformados al estilo folklórico. De ignorantes era ir endominados. El jorongo era de rigor. A la salida, nos íbamos por la Alameda y "voy derecho y no me quito" nos metíamos —el gesto nos lo habrían de imitar Fellini y Anita Ekberg, pero después— a la fuente. Yo, con todo y zapatos "salvajemente femeninos" comprados en Riviere. Julio se fingía manco y trataba de prender un cerillo. "No me ayuden que no soy un inútil", vociferaba. La gente lo miraba con conmiseración y ése era el chiste: no estaba bien visto ser sentimental. Era, el de Julio, un rudimentario teatro de guerrillas, como se llama ahora a los actos teatrales en que los que actúan no saben que están participando.

Una vez, contaba Hugo, Julio salió de Bellas Artes como alpinista. Se pasó del tercer piso —donde es mejor la acústica, aseguran dándosela de concedores— a un palco, acompañado por el pánico del público del tercero y del segundo piso. "No quería interrumpir el concierto con el rechinido de la puerta al salir", explicó.

Sergio Aragonés

Encabezados por Sergio Aragonés nos íbamos por Insurgentes, partiendo de

CU, jugando a "lo que hace la mano, hace la tras". Todavía no se llamaba a eso espíritu lúdico. Otro ejemplo: Sergio se coloca en la puerta del Hotel Hilton —el que se caería en dos sucesivos temblores— y le gana al portero a abrir solícito la puerta de los coches. Los huéspedes lo recompensan con una propina; cuando reúne la cantidad apetecida, la va a gastar, en compañía de Nacho y de Gustavo, en la taquería.

Gustavo Sainz

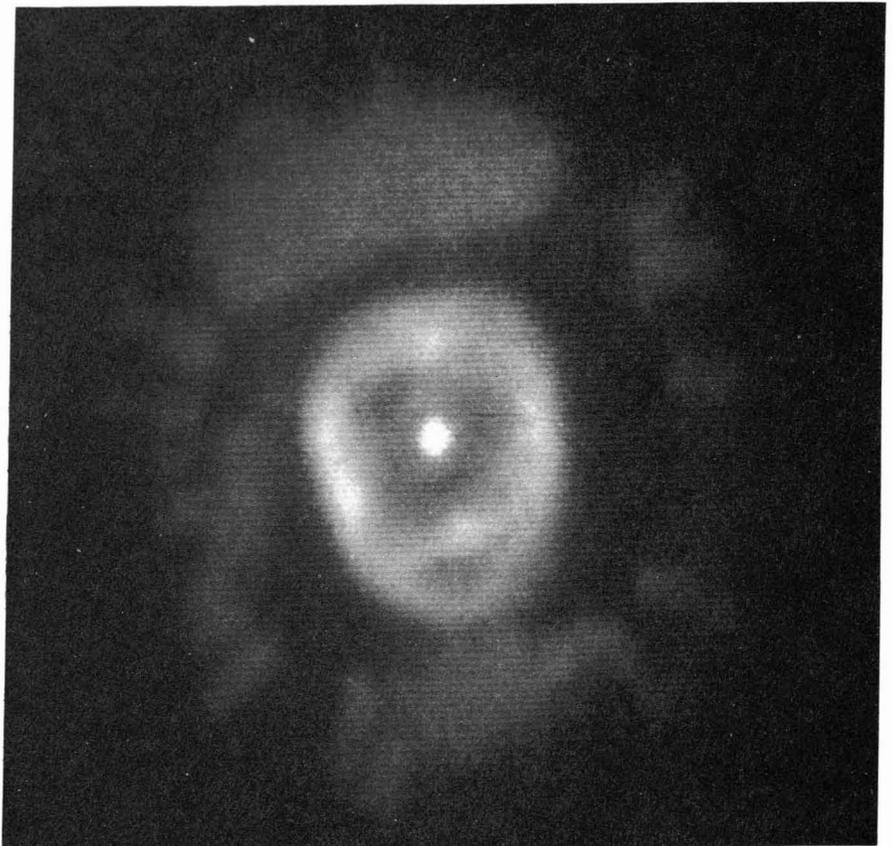
Gustavo nos muestra el más reciente ejemplar de la revista *Sur*, la de Victoria Ocampo. Le acaba de llegar por correo, dice. Asegura que un cuento suyo aparece publicado, pero no con su nombre, sino con su seudónimo "argentino" de Pedro Orgambide. Tal vez su nombre le

parecía muy desangelado. Nunca me entendió —o no me festejó suficiente el propio Orgambide— cuando años después lo entrevistamos los de la revista *Crítica militante* y le conté de su existencia como seudónimo.

Gustavo escribe en pesadas hojas de papel amarillo. No estaría mal que sus copias de los clásicos fueran imitaciones o parodias para soltar la mano. Lo malo es que son copias al pie de la letra, con apenas unas variantes. En vez del nombre de Lolita, la ninfa de Navokov, el de Malena. Al fin tiene las mismas sílabas. Escribe siempre a máquina para acostumbrarse a otro papel, el de escritor.

Nacho Méndez

Tenía gran facilidad para los idiomas, incluido el latín que traducía a la vista, sin diccionario. Su afición a la música parecía marginal. Le gustaba la música de José Antonio, su tocayo de apellido, y tocar la guitarra. Era sobrino del esposo de Emilia Guiú. Hace unos días, en un videocentro veo el retrato de Nacho con un *slogan*: "el mexicano con alma brasileña". Creo recordar que también hablaba portugués.



Nebulosa planetaria llamada el Esquimal.

Hugo Hiriart

Estamos escribiendo un argumento que no sabemos que no nos compraría el productor de cine que nos lo pidió: mi tío. Los improvisados guionistas somos Carlos, Hugo, Nancy y yo. Todos aceptamos la propuesta de Monsiváis. Un pueblo, que va a heredar Fernando Soler por ser espejo de las tradiciones mexicanas, tiene que recuperarlas a paso veloz, desmintiendo su pochismo, a través de ciclos de cine mexicano y de conferencias sobre la identidad nacional. Aun hoy me parece excelente. El otro día Carlos me preguntó si conservaba una copia. Prometo dársela rescatándola del cajón de "Proyectos fallidos". Ni Nancy Cárdenas ni yo aceptamos el argumento de Hugo. El Piporro se enamora de una durmiente disecada a la que, al nacer, rodean las hadas madrinas. Refiere una grotesca marcha nupcial. Nos parece inverosímil, descabellado. Mejor para él. Con *Galaor*, Hugo obtiene el Premio Villaurrutia.

Sergio Fernández y José Revueltas

Pepe Amezcua pretende hacer una tesis sobre *Los muros de agua*. Nadie en la clase ha leído la novela y nos comprometemos a agotar la lectura para la clase próxima. Sergio, como maestro, y yo, como alumna, disuadimos a Pepe de intentar ese estudio. La novela, argüimos, incurre en detalles de pésimo gusto. Pepe acepta el veredicto, dedicará sus afanes a otro tema. Pasan unos cuantos

años, entre ellos 1968. Ahora soy profesora ayudante de Sergio. Con su brillantez cotidiana, el maestro expone la belleza bíblica de Revueltas, sus astucias literarias. Escucha en él, ecos de Dostoievski. Lo secundo entusiasmada. Me comprometo a dedicar mi tesis a la obra de Revueltas. Ante mis sorprendidos ojos he visto nacer y consolidarse algunos prestigios literarios. El de García Márquez, por ejemplo. Ninguno representa un vuelco, como el de José Revueltas. Me acuerdo de Pepe Amezcua. Me doy cuenta de que Sergio y yo hemos cambiado. No sólo nosotros. El país también ha cambiado.

Carlos Monsiváis

Trato de recordarlo como era. Sin transformar el recuerdo con imágenes posteriores. Lo acompañamos a la que creo fue su primera conferencia. El escenario, créanlo o no, es una tienda de sombreros con aparador a la calle de Reforma. Carlos lee su texto sin levantar la vista. No maneja todavía la voz como un actor, tal como habría de hacerlo después, habilidad que hoy, curiosamente, ha empezado a perder. Con discreción, como si estuviéramos en la iglesia, han pasado un platoncito con papas-chatarra entre el público. El conferenciante, ante el desconcierto de todos, interrumpe la lectura y exige que a él también le ofrezcan. Los anfitriones viven esta salida de tono con una mezcla de bochorno por sentirse culpables

de descortesía, pero sobre todo les parece que el espacio sagrado de la cultura ha sido violado. Como ahora, el sentido del humor de Carlos hace perder el piso a los organizadores.

Lo recuerdo cargando diapositivas, latas con rollos de película, discos, libros. No se piense que tres o cuatro. Parece carro de mudanzas o malabarista. No los transporta en balde, en casa de Hugo pone los discos, en la sala de proyecciones del Banco Cinematográfico vemos *Iván el Terrible*. Los libros, o los acaba de comprar o los lee en los trayectos del camión. Tiene un audio-visual que denuncia el asesinato de Rubén Jaramillo y su familia. Detesta al presidente de la República, lo hace responsable de esas artes, atroces muertes: del líder, los niños, la mujer embarazada. Afirma admirar a Jaramillo por su lucha agraria. Intuyo una razón secreta que desde luego no es excluyente de la anterior: Jaramillo era protestante.

Nunca íbamos a la clase de Luis Rius, porque era los viernes y ese día a las cinco de la tarde comenzaba el cineclub. El chiste era entrar sin pagar. Cada vez ensayábamos una nueva astucia pero todas incluían distraer al boleterero. Una vez, nos escurrimos bajo la cortina negra y reptando atravesamos, como quien cruza un túnel, la mesa del boleterero. No contamos con que Cristina Romo —hoy, Pacheco— usaba las faldas tan estrechas que ya no se puede levantar y ante su llamada de auxilio tiene que ayudarla a salir, dándole la mano: el boleterero. Con tal de no pagar, en una ocasión vimos una película sin voces ni efectos especiales —muda a causa de un cristal— sólo leyendo los títulos. Otra vez estamos viendo un filme italiano: *Un solo verano de felicidad*. Escena tras escena me la paso pensando qué opinar cuando Carlos me pregunte (¿por qué si era tan sabio, siempre me estaba interrogando?): —"Qué te pareció la película". Al terminar, y cuando Carlos hace la esperada pregunta, me doy cuenta de que, preocupada por improvisar un juicio, no tengo ni idea de qué trataba la maldita película. Por otro lado, nunca es fácil seguir el argumento con Carlos al lado, hasta la fecha se la pasa encontrándoles parecido, como quien hace con la imaginación una caricatura, a los personajes de la pantalla con los maestros, los amigos, los funcionarios. ■



Región H II llamada la Trífida.